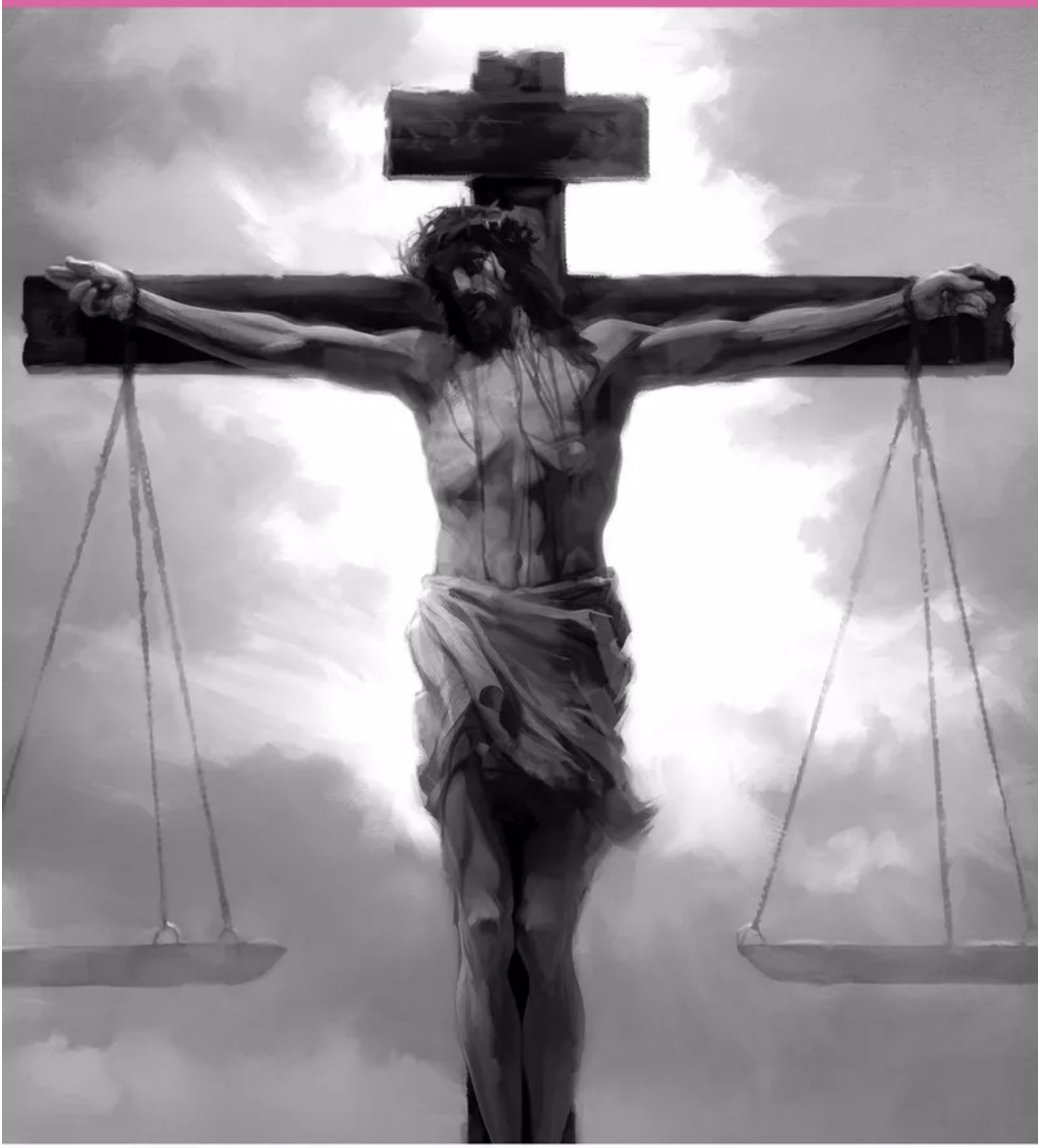
John C. Peckham

El amor y la justicia de Dios



6. El amor de Dios por la justicia

Sabía que ibas a hacer esto, Dios! Sabía que salvarías a esa gente indigna y corrupta. Por eso huí cuando me dijiste que fuera a Nínive». Jonás se enfadó con Dios y expresó sus quejas. Reprendió a Dios por ser, en su opinión, demasiado misericordioso, compasivo y clemente.

Concretamente, después de que Dios libró a la arrepentida Nínive de la destrucción, Jonás exclamó: «¡Ah, Jehová!, ¿no es esto lo que yo decía cuando aún estaba en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis, porque yo sabía que tú eres un Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte y de gran misericordia, que te arrepientes del mal» (Jon. 4:2). Nota que Jonás se inspiró en la declaración que Dios mismo hace acerca de su abundante compasión y gracia en Éxodo 34:6, pero en lugar de alabarlo por eso, Jonás se queja de ello.

Dios no faltó a su palabra cuando concedió misericordia a Nínive. De hecho, este es uno de los muchos ejemplos en los que Dios actúa en armonía con sus promesas. A lo largo de la Escritura, Dios promete suspender la ejecución de sus juicios retributivos si las personas se arrepienten y se apartan del mal (ver, por ejemplo, Jer. 18:7-10; cf. Mal. 3:7).

Muchos otros textos muestran ese constante afán de Dios por suspender su juicio, lo que pone de manifiesto su carácter inmutablemente amoroso. Por consiguiente, en la misma advertencia de juicio que Dios hizo a Jonás estaba implícita la oportunidad de que Nínive se salvara. Jonás comprendió esto, y por eso huyó. Sin embargo, Jonás no reconoció que si Dios no fuera tan clemente y misericordioso ni él ni nosotros tendríamos esperanza.

Aunque equivocado y egoísta, el arrebato de ira de Jonás pone de relieve una gran verdad acerca de quién es Dios: el Dios de la

compasión, la misericordia, la gracia, la bondad y la justicia perfectas. Dios está dispuesto a derramar gracia y misericordia inmerecidas y sobreabundantes sobre todos los pecadores, no solo sobre su pueblo. Dios es completamente bondadoso, pero su bondad compasiva no es incompatible con su justicia. Él mantiene unidas la misericordia y la justicia (ver Sal. 85:10). Dios «esperará para tener piedad» y «será exaltado para compadecerse», y al mismo tiempo, «el Señor es Dios de justicia» (Isa. 30:18, 19; cf. Éxo. 34:6, 7).

Dios es perfectamente bueno: la constancia del carácter de Dios

«Porque yo, Jehová, no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos» (Mal. 3:6). Dios es bueno todo el tiempo. En este sentido, Dios nunca cambia. En particular, inmediatamente después de declarar: «Yo, el Señor, no cambio. Por eso ustedes […] no han sido consumidos», Dios dice: «Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes» (vers. 7). Gracias a la fidelidad inquebrantable de Dios, su pueblo del Pacto fue preservado a pesar de las repetidas rebeliones (ver Lam. 3:22).

A diferencia de las personas, Dios nunca te defraudará. Sea cual fuere tu pasado e independientemente de cuánto cambies, Dios sigue siendo el mismo y pretende salvarte. De él proceden todos los buenos dones. «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación» (Sant. 1:17; cf. Heb. 13:8).

Esta última parte es crucial. Tendemos a vacilar moralmente y en otros aspectos. Pero en Dios «no hay mudanza ni sombra de variación». Su bondad es constante. Eso es una noticia maravillosa. «Dios es luz, y en él no hay ninguna tiniebla» (1 Juan 1:5). «Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectos. Es un Dios de verdad y no hay maldad en él; es justo y recto»(Deut. 32:4). Asimismo, Salmos 100:5 declara que «el Señor es bueno, su amor (jésed) es para siempre; su fidelidad por todas las generaciones».

En consecuencia, «la fidelidad del Señor es para siempre» (Sal. 117:2). Incluso «si somos infieles, él permanece fiel; no puede negarse a sí mismo» (2 Tim. 2:13). Dios «no miente» (Tito 1:2) y sus promesas son inquebrantables (Heb. 6:17, 18; cf. Núm. 23:19; Isa. 25:1).

Dios siempre hace todo lo posible para el mayor bien de todos. «Bueno es el Señor con todos, y con ternura cuida todas sus obras» (Sal. 145:9) y

«de su constante amor está llena la tierra» (Sal. 33:5; cf. 36:7; 117:1, 2; 119:64; 145:8, 9). De hecho, «de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16; cf. Rom. 5:8, 10). Dios realmente ama a todos y desea salvar a cada persona; no quiere que nadie perezca (ver Eze. 18:23, 32; 33:11; Juan 3:16; 12:32; Hech. 17:30, 31; 1 Tim. 2:4-6; Tito 2:11; 2 Ped. 3:9; cf. Hech. 10:34, 35; Rom. 1:5; 1 Tim. 4:10).

Dios ama la justicia y se deleita en la rectitud

Muchos piensan que la misericordia y la justicia son opuestas, al igual que la Ley y la gracia. Pero en Dios, la misericordia y la justicia se besan (ver Sal. 85:10), «justicia y juicio son el fundamento de tu trono [el de Dios], el amor y la fidelidad van ante ti» (Sal. 89:14). El amor de Dios no compromete la justicia, ya que de ningún modo exculpará al culpable. Pero su justicia nunca carece de amor (ver Éxo. 34:6, 7). Dios es un juez justo (Sal. 7:11) y «juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con rectitud» (Sal. 9:8; cf. 67:4; 96:10).

Dios no quiere condenar al mundo (Juan 3:17), sino que dispuso que Cristo hiciera expiación por nosotros «para demostrar su justicia, al haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con el fin de mostrar su justicia en este tiempo, para ser a la vez el justo y el que justifica al que tiene fe en Jesús» (Rom. 3:25, 26). En otras palabras, Dios hizo que fuera posible perdonar o justificar a los pecadores sin dejar de ser justo. Él es «el justo y el que justifica».

La Escritura subraya repetidamente que Dios «ama la justicia y el derecho, de su constante amor está llena la tierra» (Sal. 33:5). En las Escrituras, el amor y la justicia están entrelazados. Sin justicia, el amor está paralizado. Sin amor, la justicia es fría e inmisericorde. Puesto que Dios es amor, ama la justicia (Isa. 61:8; Sal. 37:28) y se conmueve profundamente ante la opresión. Por eso dirige la siguiente exhortación a su pueblo: «Aprendan a hacer el bien; busquen justicia, restituyan al agraviado, defiendan al huérfano, amparen a la viuda» (Isa. 1:17; cf. 10:1-3; Miq. 6:8; Zac. 7:9, 10; Mat. 23:2). Él mismo es «refugio del oprimido, refugio en el tiempo de angustia» (Sal. 9:9; cf. 103:6; 146:7).

El amor de Dios por la justicia y su fidelidad constante condicen con su santidad perfecta. Dios es el «Santo», el «Señor fiel» (Isa. 49:7). La santidad de Dios no solo se refiere a su fidelidad y su bondad perfectas, sino también a que, como Creador de todo, trasciende a su Creación ya

que no es parte de ella. Como Creador único, omnipotente e increado, solo Dios es «santo» en sí mismo y por sí mismo (Apoc. 15:4), y digno de adoración. «¡Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, que era, que es y que ha de venir!» (Apoc. 4:8; cf. Isa. 6:3).

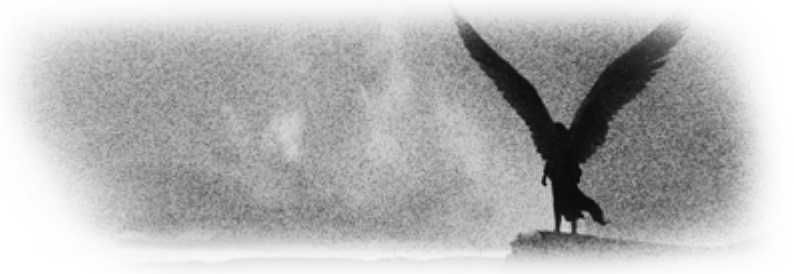
La presencia de Dios en un lugar lo convierte a este en santo. Por eso Dios advirtió a Moisés desde la zarza ardiente: «No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es» (Éxo. 3:5). El Santuario terrenal era santo como consecuencia de la presencia especial de Dios allí. Del mismo modo, los seres humanos pueden ser santos si se aproximan a Dios, fuente de santidad, bondad y amor.

Sin la obra expiatoria de Dios, nuestros pecados nos separan de él porque él es perfectamente santo. Como lo explica Isaías: «pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios y vuestros pecados han hecho que oculte de vosotros su rostro para no oíros» (Isa. 59:2). Sin mediación, el mal no puede estar en presencia de Dios porque «nuestro Dios es fuego consumidor» (Heb. 12:29; cf. Sal. 5:4).

Pero, hay buenas noticias. Dios abre un camino para limpiar a los pecadores, derrotar al mal y reconciliarnos con él sin dejar de ser justo (Rom. 3:25, 26). Aunque los seres humanos somos pecadores, podemos ser hechos santos, santificados, en virtud de una relación especial con Dios, por la obra expiatoria de Cristo (Heb. 10:10) y la mediación del Espíritu Santo (1 Ped. 1:2; 1 Tes. 2:13).

«Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectos. Es un Dios de verdad y no hay maldad en él; es justo y recto» (Deut. 32:4). Salmos 100:5 añade: «Porque el Señor es bueno, su amor es para siempre; su fidelidad por todas las generaciones». Además, 1 Juan 1:5 afirma lo siguiente: «Dios es luz, y en él no hay ninguna tiniebla».

7. El problema del mal



Juan el Bautista había aceptado el llamado de Dios a preparar el camino para el Mesías. ¿Por qué, entonces, sufría tanto? Jesús mismo declaró de Juan que «entre los nacidos de mujer no hay mayor profeta que Juan el Bautista» (Luc. 7:28). Sin embargo, Juan languidecía en la cárcel con más preguntas que respuestas. Finalmente, fue asesinado. Parecía que el mal había triunfado.

¿Por qué? ¿Por qué sufren las personas «buenas»? Si Dios nos ama tan profundamente como dice, ¿por qué permite que las personas sufran tanto? ¿Por qué existe el mal en este mundo? Más aún, ¿por qué el mal parece reinar? Estas preguntas están relacionadas con el problema del mal: Si Dios es bueno y todopoderoso, ¿por qué existe tanto mal en el mundo?

¿Por qué, Señor? El problema del mal en las Escrituras

Job sufrió inmerecidamente al igual que Juan el Bautista. En rápida sucesión, le sustrajeron sus bueyes y sus asnos, varios de sus siervos fueron asesinados por malhechores, sus ovejas y otros de sus siervos murieron en un incendio, y otros maleantes se apoderaron de sus camellos y mataron a otros de sus siervos. Lo peor de todo fue que los hijos de Job murieron repentinamente cuando «vino un gran viento» e hizo que el lugar donde estaban se derrumbara sobre ellos (Job 1:13-19). Poco después, el propio Job se vio aquejado de una enfermedad muy dolorosa. Su sufrimiento fue tal que su mujer lo animó a maldecir a Dios y morir (Job 2:7-9). Pero Job se negó a pecar contra Dios (Job 1:22; 2:10).

No obstante, Job hizo preguntas profundas, cuestionó la justicia de Dios en medio de su gran sufrimiento (ver Job 9:24) e incluso «maldijo

el día de su nacimiento» (Job 3:1; LBLA). «Te has vuelto cruel conmigo, me atacas con el poder de tu mano», clamó Job (Job 30:21). Sin embargo, como veremos, la crueldad provenía de otro: el Enemigo de Dios, conocido como el Diablo. Había en la experiencia de Job mucho más de lo que él podía ver.

Dios no consideró a Job culpable de maldad por sus preguntas. Finalmente, Dios le dio una respuesta, aunque no del tipo que Job hubiera esperado, como veremos más adelante.

Muchos otros pasajes de la Escritura también plantean serias dudas acerca de la justicia de Dios. Por ejemplo:

- «¿Dónde está el Dios de justicia?» (Mal. 2:17).
- «Señor, ¿por qué estás lejos y te escondes en el tiempo de angustia?» (Sal. 10:1).
- «¿Hasta cuándo […] Señor, se gozarán los impíos?» (Sal. 94:3).
- «¿Por qué ves a los pérfidos, y callas cuando el impío destruye al más justo que él?» (Hab. 1:13).
- «¿Por qué prosperan los impíos y les va bien a los desleales?» (Jer. 12:1).
- «¿Por qué el Señor nuestro Dios hizo todas estas cosas con nosotros?» (Jer. 5:19).
- «¿Por qué me ha venido esto?» (Jer. 13:22).

Incluso Jesús, la mayor víctima del sufrimiento inmerecido, preguntó: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (Mar. 15:34; cf. Sal. 22).

¿El problema de Dios? El problema del mal en la filosofía y la teología

En su libro God"s problem: How the Bible fails to answer our most important question - Why we suffer [El problema de Dios: La incapacidad de la Biblia para responder nuestro más importante interrogante: Por qué sufrimos], el otrora cristiano Bart Ehrman describe cómo perdió la fe: «Ya no podía explicar cómo puede existir un Dios bueno y todopoderoso activamente involucrado en este mundo en vista de cómo están las cosas en este. Para muchos de sus habitantes, la vida es un foso de miseria y sufrimiento. Llegué a un punto en el que simplemente no podía creer que existiera un Gobernante bondadoso y compasivo a cargo de ello».[37] Bart Ehrman no es el único que piensa así.

Elena G. de White describió este enorme problema en los siguientes términos: «Para muchos el origen del pecado y el porqué de su existencia es causa de gran perplejidad. Ven la obra del mal con sus terribles resultados de dolor y desolación, y se preguntan cómo puede existir todo eso bajo la soberanía de Aquel cuya sabiduría, poder y amor son infinitos. Es esto un misterio que no pueden explicarse. Y su incertidumbre y sus dudas los dejan ciegos ante las verdades plenamente reveladas en la Palabra de Dios y esenciales para la salvación».[38]

Muchos han argumentado que si existiera un Dios todopoderoso u omnipotente, omnisciente y totalmente bondadoso no existiría el mal en el mundo. En caso de que fuera omnisciente y todopoderoso, Dios conocería todos los males y tendría el poder de evitarlos. Si fuera totalmente bondadoso, querría hacerlo. De acuerdo con ese planteo, muchos sostienen que el mal demuestra que tal Dios no existe. Esto se conoce como el problema lógico del mal.

Como dijo David Hume, el escéptico del siglo XVIII: «Las viejas preguntas de Epicuro están todavía sin respuesta: ¿Es que [Dios] quiere evitar el mal y es incapaz de hacerlo? Entonces, es que es impotente. ¿Es que puede, pero no quiere? Entonces es malévolo. ¿Es que quiere y puede? Entonces, ¿de dónde proviene el mal?»[39]

Sin embargo, hay formas de responder eficazmente a este problema lógico (por ejemplo, la defensa del libre albedrío, que se presenta más adelante). Algunos han pasado del problema o planteo lógico acerca del mal al problema o planteo basado en la evidencia del mal, según el cual el tipo y la cantidad de mal existente en este mundo hacen improbable que Dios exista.

¿Resolver el problema? Planteamientos problemáticos

Una forma de «resolver» el problema lógico consiste simplemente en abandonar las afirmaciones iniciales acerca de Dios: que Dios es todopoderoso o totalmente bueno. Sin embargo, negar cualquiera de las dos cosas es incoherente con el testimonio de las Escrituras.

Como hemos visto antes, las Escrituras enseñan sistemáticamente que Dios es totalmente bueno. No hay maldad alguna en él, y todos sus actos son totalmente justos (por ejemplo, Deut. 32:4; Sal. 92:15; 1 Juan 1:5). He aquí lo que Habacuc dice a Dios: «Eres muy limpio de ojos para ver el mal, ni puedes contemplar la opresión» (Hab. 1:13).

Las Escrituras también enseñan sistemáticamente que Dios es todopoderoso. Jeremías 32:17 declara: «¡Señor Dios! Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido. Nada hay que sea difícil para ti». Del mismo modo, Jesús mismo enseña que «para Dios todo es posible» (Mat. 19:26). Además, las Escrituras se refieren repetidamente a Dios simplemente como «el Todopoderoso» (por ejemplo, Apoc. 1:8). La palabra traducida como «Todopoderoso» en este y muchos otros versículos combina las palabras griegas que significan «todo» (pan) y «fuerza» o «poder» (kratos), lo que da como resultado la palabra que significa todopoderoso (pantokratōr).

Sin embargo, hay una enorme diferencia entre la enseñanza de que Dios es todopoderoso y la opinión de que él ejerce todo su poder de tal manera que todo ocurre como quiere. Como veremos, Dios a menudo no consigue lo que quiere.

Aparte de los dos planteamientos vistos hasta aquí, muchos afirman que Dios permite o provoca males que son necesarios para que de ellos resulten bienes mayores. Tales enfoques se conocen como «culpa (o falta, o caída) feliz (o afortunada)» (especialmente en relación con el pecado de Adán y Eva, que resultó en la Redención mediante Cristo). Sin embargo, estos enfoques consideran al mal como si se tratara de peldaños necesarios para acceder al bien, lo cual es rechazado por Pablo en su carta a los Romanos (Rom. 3:8). Estos planteamientos no están en consonancia con las enseñanzas bíblicas.

Hay muchas cosas que no sabemos: El teísmo escéptico y otros caminos promisorios

El profundo sufrimiento de Job fue inmerecido. Dios mismo declaró que era fiel (Job 1:8; 2:3). Sus grandes pérdidas y sufrimientos no fueron castigos por su maldad, como afirmaban sus «amigos». En medio de su agonía, Job clamó a Dios en busca de respuestas. Al principio, Dios guardó silencio. Sin embargo, respondió luego a Job recordándole cuán poco sabía. Nosotros también deberíamos recordar cuán poco sabemos.

Dios «respondió a Job desde un torbellino: "¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?"» (Job 38:1, 2). Una versión traduce acertadamente este versículo de la siguiente manera: «¿Por qué hablas tanto cuando sabes tan poco?».

«¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia», continúa Dios (Job 38:4; cf. 11:7; 38:17, 18, 33). En

respuesta, Job declara humildemente: «Es verdad, yo hablé de lo que no entendía, cosas tan maravillosas que no las puedo comprender» (Job 42:3; cf. 40:3-5).

En el diálogo más amplio, Dios deja claro que hay muchas cosas que Job no está en condiciones de saber. En cierto modo, esto se asemeja a un enfoque conocido hoy como teísmo escéptico, según el cual Dios tiene buenas razones para actuar como lo hace en relación con el mal, pero los humanos carecemos de la capacidad y el conocimiento necesarios para entender esas razones. Este enfoque no es escéptico respecto de Dios, sino de nuestra capacidad de conocer o comprender por qué Dios gobierna nuestro mundo como lo hace.

Imagina que estás acampando y comienzas a sentir comezón en tus brazos. Cuando preguntas a otros cuál puede ser la razón, te informan que son picaduras de unos diminutos insectos difíciles de ver. Sin embargo, el hecho de que no los veas no significa que no existen.[40]

Del mismo modo, a menudo no estamos en condiciones de conocer o entender las razones por las que Dios actúa como lo hace en relación con el mal, pero eso no significa que Dios no tenga buenas razones para actuar así. En vista de la grandeza de Dios, no deberíamos siquiera aspirar a estar en condiciones de conocer o entender muchas cosas relacionadas con él y su manera de actuar.

Los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos

Aunque ocurrió hace muchos años, recuerdo el hecho como si hubiera tenido lugar ayer. Mi hijo Joel tenía unos 18 meses, y mi mujer y yo descubrimos que podía tener una enfermedad potencialmente mortal. Para saber si necesitaba tratamiento inmediato había que hacerle una extracción de sangre, pero Joel estaba alterado, y agitaba sus brazos y sus piernas. Así que, la enfermera nos pidió a mi esposa y a mí que lo sujetáramos y lo mantuviéramos tan quieto como fuera posible mientras ella le extraía sangre. Nunca olvidaré cómo me miraba Joel. Aún no podía expresar sus sentimientos con palabras, pero podía ver las preguntas en sus ojos llenos de lágrimas: «¿Por qué me haces esto, papá? ¿Por qué no impides que me hagan daño?»

Nada de lo que le hubiera dicho le habría hecho entender por qué actuaba así. Parecía que le estaba haciendo daño, pero en realidad

intentaba ayudarlo. Todo salió bien, pero nunca olvidaré la expresión de sus ojos.

Así como mi hijo de 18 meses de edad no estaba en condiciones de entender por qué lo sujetaba, a menudo nosotros no estamos en condiciones de entender por qué Dios no impide los males que creemos que debería impedir. Así como yo tenía buenas y amorosas razones para actuar como lo hacía, Dios siempre tiene razones buenas y perfectamente amorosas para lo que hace o deja de hacer, aunque normalmente no estamos en condiciones de saber con precisión cuáles son.

«Porque mis pensamientos no son como los de ustedes, ni sus caminos son mis caminos –dice el Señor–. Como es más alto el cielo que la tierra, así son mis caminos más altos que sus caminos, y mis pensamientos más que sus pensamientos» (Isa. 55:8, 9).

Independientemente de lo que digamos acerca del mal, debemos reconocer lo poco que sabemos al respecto. «¡Qué profunda riqueza de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rom. 11:33). En pocas palabras, hay muchas cosas que no conocemos. Por lo tanto, debemos abstenernos de especular, sobre todo en ausencia de revelación divina, ya que si hay algo que no necesitan ni desean quienes sufren intensamente es que alguien intente explicarles por qué están sufriendo tanto. Tales explicaciones no suelen ser útiles y, en algunos casos, resultan incluso perjudiciales.

Los «amigos» de Job empezaron de la manera correcta: «Se sentaron con él en tierra durante siete días y siete noches; y ninguno le decía palabra alguna, porque veían que su dolor era muy grande» (Job 2:13). Pero luego intentaron explicar por qué Job sufría y, de hecho, aumentaron la agonía de él. Más tarde, Dios los reprendió por no haber dicho lo justo acerca de él (Job 42:7). No sabían lo que decían. Cuando se trata de saber con exactitud por qué está ocurriendo algo malo, normalmente tampoco nosotros sabemos de qué hablamos, y deberíamos tener esto en cuenta antes de hablar, sobre todo en presencia de alguien que sufre. A menudo es mucho mejor permanecer en silencio y expresar compasión de maneras significativas y prácticas.

Reconocer cuán poco sabemos y cuánto ignoramos debería hacernos cautos al dirigirnos a quienes sufren y recordarnos que el hecho de no conocer las razones que Dios tiene para actuar como lo hace no significa que no tenga buenas razones para ello. En vista de esto, aun en ausencia de cualquier explicación acerca de por qué existe tanto mal, no

estaríamos justificados para concluir que Dios no es bueno o no existe. En lugar de eso, podríamos declarar con Job: «Yo hablé de lo que no entendía, cosas tan maravillosas, que no las puedo comprender» (Job 42:3; cf. 40:3-5).

Afortunadamente, sin embargo, Dios ha revelado mucho más acerca de por qué hay tanta maldad en nuestro mundo. En los capítulos siguientes veremos que el mal es el resultado del uso indebido del libre albedrío por parte de las criaturas dentro del contexto más abarcante de un conflicto cósmico entre el Reino de Dios y un reino demoníaco de criaturas que se rebelaron contra él.

---

37. Bart D. Ehrman, *God"s problem: How the Bible fails to answer our most important question– Why we suffer* (San Francisco, CA: HarperOne, 2008), p. 3.

38. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, p. 483.

39. David Hume, *Diálogos sobre la religión natural* (Madrid: Alianza Editorial, 1999), pp. 127, 128.

40. Ilustración usada por Stephen Wykstra en «Rowe"s noseeum arguments from evil», en *The evidential argument from evil*, ed. por Daniel Howard-Snyder (Bloomington, IN: Indiana University Press, 1996), pp. 126–150.

8. Libre albedrío, amor y providencia divina

–Dios es soberano, es decir que controla todo lo que sucede –dijo el pastor a un grupo de alumnos de secundaria.

Desconcertado, uno de los alumnos preguntó:

–¿Tenía Dios el control de la situación cuando mi perro murió? ¿Por qué permitió entonces que muriera?

–A veces Dios nos hace pasar por momentos difíciles a fin de que estemos preparados para cosas aún más difíciles en el futuro. Recuerdo cuánto me apenó la muerte de mi perro, pero pasar por eso me ayudó a afrontar un momento aún más difícil después, cuando mi abuela murió –respondió el pastor.

Después de pensarlo un momento, el estudiante preguntó:

–¿Así que Dios dejó morir a mi perro a fin de prepararme para cuando él deje morir a mi abuela?[41]

La forma en que representamos la providencia de Dios, la manera en que Dios sostiene y gobierna el mundo, crea a veces preguntas inquietantes en la mente de las personas. Nuestra interpretación de la providencia de Dios está estrechamente relacionada con nuestra posición acerca de la presencia del mal en el mundo, lo que contempla interrogantes como los siguientes: Si Dios es amor, ¿por qué el mundo es así? ¿Es Dios quien hace que todo acontezca como sucede? ¿Prevalece siempre su voluntad?

¿Consigue Dios siempre lo que quiere?

¿Ocurre siempre lo que Dios quiere y como él quiere? Según las Escrituras, la respuesta es un rotundo no. Muchas de las cosas que acontecen son contrarias al deseo de Dios.[42]

Nota cómo se lamenta Dios de las malas decisiones de su pueblo, contrarias a sus deseos: «Porque llamé, pero nadie respondió; hablé, pero no escucharon, sino que hicieron lo malo delante de mis ojos y escogieron lo que no me agrada» (Isa. 66:4; cf. 65:12; Jer. 19:5). Anteriormente, Isaías declaró que Dios se compadeció de su pueblo y tuvo piedad de él, pero que este no quiso eso (Isa. 30:15, 18). Asimismo, Dios lamenta en Ezequiel 3:7 que su pueblo no quiera escucharlo.

Además, Dios se lamenta de la siguiente manera en Salmos 81:11 al 13: «Pero mi pueblo no oyó mi voz e Israel no me quiso a mí. Por eso los dejé a la dureza de su corazón, y caminaron en sus propios consejos. ¡Si mi pueblo me hubiera escuchado, si en mis caminos hubiera andado Israel!»

Dios desea profundamente que su pueblo escuche, pero este se niega obstinadamente a ello.

Jesús también se afligió por las decisiones de su pueblo contrarias a su voluntad: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise [thelō] juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollos bajo sus alas! Y no quisiste [thelō]» (Mat. 3:37). Este versículo utiliza uno de los dos términos griegos principales usados en el Nuevo Testamento para designar la acción de «querer» o «desear» en el sentido de estar dispuesto. El pueblo quiere (thelō) directamente lo contrario de lo que Cristo quiso (thelō). En el mismo sentido, Lucas 7:30 dice que: «los fariseos y los sabios de la ley, al rechazar el bautismo de Juan, desecharon el plan de Dios para ellos» (cf. Mar. 7:24). Allí se utiliza el otro término que designa la idea de «querer» en el Nuevo Testamento en un claro ejemplo de rechazo de la voluntad divina por parte de los seres humanos.

Según estos y otros numerosos pasajes, ocurren muchas cosas que Dios no desea que sucedan, simplemente porque los humanos usan su libre albedrío para elegir lo contrario de lo que él quiere. Por ejemplo, las Escrituras enseñan que Dios «desea que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2:4), y «no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Ped. 3:9). Sin embargo, trágicamente, muchos se niegan a ser salvados (ver Dan. 12:2; Juan 3:18; 5:11, 12, 28, 29; 2 Tes. 1:7-10; 2:10-12; Apoc. 20:12-15).

Esto no complace a Dios. Él exclama: «No me agrada la muerte de nadie –dice el Señor–. ¡Conviértanse, pues, y vivan!» (Eze. 18:32; cf.

18:23; 33:11). En este y muchos otros aspectos, Dios no consigue lo que quiere. Puesto que Dios respeta el libre albedrío que ha concedido a sus criaturas, no depende de él que estas utilicen su libertad de decisión para hacer el bien o el mal.

Hasta aquí, incluyendo el capítulo anterior, hemos señalado dos pensamientos cruciales para tener en cuenta en relación con el problema del mal:

1. Hay muchas cosas que no sabemos.
2. Dios no siempre consigue lo que quiere porque las criaturas a menudo ejercen su libre albedrío contrariamente a lo que Dios desea.

El mal como resultado del uso equivocado del libre albedrío

Esto nos lleva al tercer punto crucial: El mal es el resultado del mal uso del libre albedrío por parte de las criaturas. ¿Por qué Dios no hace que todos actúen siempre como él quiere? Si lo hiciera, las criaturas no poseerían libre albedrío, que es necesario para que el amor pueda existir (un punto al que volveremos).

Este enfoque se conoce como la defensa o argumentación basada en el libre albedrío y sostiene que Dios no determina las decisiones de las criaturas, sino que les concede libre albedrío para que decidan libremente en favor o en contra de lo que él prefiere y, por lo tanto, para hacer el mal.[43] En consecuencia, lo que las criaturas dotadas de libertad de decisión hacen no depende de Dios. Desgraciadamente, muchas criaturas han abusado, con horribles resultados, de su libertad de elección, para hacer lo malo. Sin embargo, Dios tiene buenas razones para conceder ese libre albedrío, sin el cual algunos grandes valores, como el amor mismo, no serían posibles.

Según muchos filósofos, incluidos numerosos ateos, la defensa del libre albedrío resuelve el problema lógico del mal, ya que muestra cómo Dios puede ser todopoderoso, omnisciente y totalmente bondadoso aunque permita la existencia del mal en el mundo. Sin embargo, muchos plantean que, dado el tipo y la cantidad de mal existente en el mundo, es improbable que Dios exista, como se expone en el capítulo siguiente.[44]

Pasemos primero a otra cuestión previa. Si el mal es el resultado del uso indebido del libre albedrío por parte de los seres humanos, ¿por qué

los creó Dios con libre albedrío?

Amor y libertad: Por qué el amor requiere la posibilidad del mal

¿Puedes hacer que alguien te ame? Imagina que tienes el poder de controlar la mente de otra persona. ¿Podrías hacer que te amara? No. ¿Por qué no? Porque por naturaleza, el amor no puede ser forzado, coaccionado o determinado por otra persona, sino que requiere libre albedrío; es decir, la libertad de decidir. El amor debe ser dado y recibido voluntariamente. Una relación amorosa, por lo tanto, no puede ser provocada por una sola de las partes, por muy poderosa que sea. Incluso si poseyeras el poder de controlar la mente de alguien, no podrías hacer que te amara, porque tan pronto como controlaras su mente, el amor de esa persona hacia ti ya no sería genuino.

Como dijo Elena G. de White: «El ejercicio de la fuerza es contrario a los principios del gobierno de Dios; él desea tan solo el servicio de amor; y el amor no puede ser exigido; no puede ser obtenido por la fuerza o la autoridad. El amor se despierta únicamente por el amor».[45] A lo que añade en otro lugar:

> Siendo la ley del amor el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres inteligentes depende de su perfecto acuerdo con los grandes principios de justicia de esa ley. Dios desea de todas sus criaturas el servicio que nace del amor, de la comprensión y del aprecio de su carácter. No halla placer en una obediencia forzada, y otorga a todos libre albedrío para que puedan servirle voluntariamente.[46]

Una auténtica relación de amor solo es posible si Dios concede a sus criaturas la libertad de querer de otro modo que como Dios prefiere. Esto significa, sin embargo, que el amor requiere la posibilidad del mal. Es decir, si Dios da a las criaturas libre albedrío del tipo requerido para que amen genuinamente, debe existir la posibilidad de que esas criaturas hagan mal uso de ese libre albedrío para desobedecer a Dios y, por lo tanto, la posibilidad de que hagan el mal. En tal sentido, Elena G. de White dice que privar al ser humano de la libertad de elegir sería robarle su prerrogativa como ser racional y convertirlo en un mero autómata: «No es el propósito de Dios forzar la voluntad de nadie. El hombre fue creado moralmente libre».[47]

Sin embargo, el libre albedrío no requería que el mal existiera. Si ninguna criatura se hubiera rebelado contra la Ley del amor divino desinteresado, nunca habría existido el mal en el universo. Por tanto, el amor no exige que el mal ocurra, sino solo que las criaturas posean una libertad de la que puedan hacer mal uso. La defensa o argumentación basada en el libre albedrío es coherente con la opinión de que habría sido mejor que el mal nunca hubiera ocurrido (en contraste con los planteamientos de la «culpa feliz»; ver el capítulo 7). Sin embargo, si Dios concede por amor el libre albedrío a sus criaturas, el hecho de que estas elijan el mal no depende de Dios.

Esto nos lleva al cuarto punto crucial en relación con el problema del mal: Dios concede y respeta el libre albedrío, incluso cuando las criaturas hacen el mal, porque es un prerrequisito necesario para la existencia del amor. Dios no deseaba que el mal entrara en su Creación previamente perfecta, pero lo permitió porque lo contrario excluiría el amor mismo. Como enseñan sistemáticamente las Escrituras, el mal es ajeno a la Creación perfecta de Dios: no es el resultado de las acciones de Dios, sino de las acciones de otros que se rebelaron contra la voluntad de Dios, quien creó el mundo «bueno en gran manera» (Gén. 1:31). El mal fue el resultado de la desobediencia de las criaturas (ver Gén. 1:3; Rom. 5:12; ver capítulo 9).

¿Por qué, entonces, Dios simplemente no hace que todos hagan siempre lo que él quiere? En resumen, Dios concede el libre albedrío a las criaturas por amor. Él es amor y una auténtica relación de amor requiere libertad. Dios no fuerza la voluntad de las criaturas porque hacerlo destruiría la posibilidad misma de que existiera una relación de amor.

Sin embargo, algunos se preguntarán cómo sabemos, a la luz de las Escrituras, que el amor requiere libre albedrío. En primer lugar, la Biblia describe repetidamente el amor como concedido y aceptado voluntariamente. Dios mismo ama voluntariamente (Ose. 14:4) y requiere de los seres humanos que lo amen y amen a los demás, aunque los deja en libertad de hacerlo o no (ver, por ejemplo, Deut. 6:5; 11:13; 13:3; Mat. 23:37-40).

Además, «Dios es amor» (1 Juan 4:8, 16). En consecuencia, el amor es el más elevado valor y el mayor bien del universo (ver 1 Cor. 13:13). Sin embargo, Dios no obliga a nadie a amar. ¿Por qué? Porque no puede hacerlo. Si Dios pudiera determinar que todos amaran perfectamente

todo el tiempo, como él requiere y prefiere, lo haría. Pero el amor no puede ser forzado, coaccionado o determinado por otro. No se trata de un principio externo a Dios y al que él esté obligado, sino que se fundamenta en la naturaleza misma de Dios: «Dios es amor» (1 Juan 4:8) y «no puede negarse a sí mismo» (2 Tim. 2:13).

Para que no existiera la posibilidad del mal, Dios tendría que eliminar el libre albedrío y así la viabilidad misma de una relación de amor genuino con sus criaturas, lo que estaría en contra de su carácter amoroso. Pero Dios «no puede negarse a sí mismo» (2 Tim. 2:13).

Providencia amorosa: La voluntad reparadora de Dios

Si alguna vez has participado en un proyecto grupal, sabes que el resultado final no depende solo de tu aporte, sino también de las contribuciones de los demás. A semejanza de ello, el estado de este mundo es el resultado no solo de lo que hace Dios, sino también de las decisiones libres de innumerables criaturas y de innumerables malas decisiones.

Algunos piensan que Dios hace que todo ocurra como él desea. Pero si Dios realmente concede a sus criaturas el libre albedrío analizado anteriormente y ellas usan indebidamente esa libertad, de ello resultan muchas cosas que Dios no causa y que no quiere que ocurran.

Sin embargo, ¿no enseña la Escritura que Dios «hace todo según el propósito de su voluntad» (Efe. 1:11)? En este punto, es útil distinguir entre la voluntad ideal de Dios y su voluntad correctiva. La primera se refiere a lo que Dios realmente prefiere, lo que ocurriría si todos hicieran lo que Dios desea. El mal no existiría si todos actuaran de acuerdo con la voluntad ideal de Dios. Por otra parte, la voluntad reparadora de Dios es la que opera en respuesta a las decisiones libres de las criaturas, incluidas las malas. La voluntad reparadora de Dios es la voluntad o el plan de Dios para remediar los males del mundo, que son el resultado de las malas decisiones de los seres humanos.

En los concursos de cocina de la televisión, los chefs deben utilizar determinados ingredientes, pero son libres de emplear cualquier otro ingrediente que elijan para preparar el plato que desean. El resultado final incluye muchos ingredientes de su elección, pero también algunos que ellos no seleccionaron.

De manera semejante, la voluntad reparadora de Dios tiene en cuenta las decisiones libres de las criaturas, incluso las malas. En consecuencia, muchos «ingredientes» de la historia son el resultado de las decisiones de las criaturas, incluidas las malas. Junto a ellas, Dios toma sus propias decisiones y actúa para remediar todas las situaciones en la medida de lo posible sin socavar el libre albedrío (y, con él, el amor). Sin embargo, ocurren muchas cosas que Dios no desea porque sus criaturas actúan a menudo en contra de la voluntad ideal de Dios.[48]

Consideremos el caso de José. Sus hermanos lo vendieron como esclavo, un acto muy malvado. Pero Dios añadió sus propias acciones para producir el mayor bien posible tras este mal. De allí que José dice finalmente a sus hermanos: «Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener con vida a mucha gente» (Gén. 50:20).[49]

En este y en todos los demás casos, si todo ocurriera como Dios prefiere, nunca se produciría el mal. Dios no quiere que ocurra ningún mal, pero cuando este ocurre, él obra para contrarrestarlo y hacer que el bien triunfe en última instancia (Rom. 8:28; cf. 8:18). Un día no muy lejano, él erradicará el mal para siempre; entonces, «Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron» (Apoc. 21:4).

Esto nos lleva a un quinto punto importante, que quedará aún más claro en el próximo capítulo: Dios permite temporalmente el mal a pesar de que lo detesta profundamente y porque impedir su existencia excluiría al mismo tiempo el amor. A su vez, destruirlo prematuramente dañaría la confianza necesaria para que exista el amor.

En esto consiste la providencia del amor.

Hasta aquí, nos hemos centrado principalmente en las decisiones humanas. Sin embargo, las Escrituras muestran un panorama mucho más amplio. En el próximo capítulo veremos que las decisiones de las criaturas sobrenaturales, los ángeles leales y los caídos o demonios, desempeñan un papel enorme en el contexto del Conflicto Cósmico.

---

41. Marc Cortez compartió esto, lo cual ya no está disponible, en su blog *Everyday theology,* en junio del año 2013. Parte de ese material es citado en el siguiente sitio: <nleaven.wordpress.com/2013/06/19/3-mistakes-we-make-when-talking-about-the-sovereignty-of-god>

42. Para más información al respecto, ver John C. Peckham, *Theodicy of love,* pp. 27-54.

43. Ver Alvin Plantinga, *God, freedom, and evil* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1977), p. 30.
44. Por ejemplo, William Rowe escribió lo siguiente: «El problema lógico del mal ha quedado seriamente reducido, si no totalmente resuelto, como resultado del trabajo de Plantinga» al articular la defensa o argumento del libre albedrío. Rowe, «Introduction to part II: The logical problem of evil» en *God and the problem of evil* (Malden, MA: Blackwell, 2001), p. 76.
45. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 13.
46. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 12.
47. Ibid.,p. 302.
48. Ver, además, John C. Peckham, *Theodicy of love*, pp. 42, 43.
49. Para conocer más acerca del relato de José y las voluntades ideal y reparadora de Dios, ver John C. Peckham, *Divine attributes: Knowing the covenantal God of Scripture* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2021).

9. El Conflicto Cósmico

Cuando éramos niños, mi hermana y yo solíamos pasar un par de semanas del verano en casa de mi abuela, en una zona rural del Estado de Nueva York, con dos primos mayores: Teddy y su hermano menor, Jimmy.

Recuerdo perfectamente el día en que encontraron una ventana rota. Mi abuela era una persona muy sensata, así que cuando llegó la hora de cenar, nos dijo que nadie comería hasta que la persona que había roto la ventana confesara el hecho. Luego, se volvió hacia Jimmy y le dijo: «Cuando estés listo para confesar, todos podremos comer». Cuando salió de la habitación, Teddy empezó a presionar a Jimmy para que confesara, pero él no lo hacía. Finalmente, Teddy nos dijo a mi hermana y a mí que probablemente lo había hecho una ardilla, pero que confesaría para que todos pudiéramos comer. Teddy nos pareció un héroe.

Muchos años después, mientras recordábamos esos tiempos durante un evento familiar, Teddy nos dijo: «Ustedes saben que yo fui quien rompió esa ventana, ¿verdad?».

Jimmy había sido acusado injustamente.

Cuando las cosas van mal en nuestro mundo, ¿a quién se suele acusar? Muchos preguntan: Dios, ¿por qué has hecho o permitido esto?

Como se señaló en el capítulo anterior, algunos afirman que, dado el tipo y la cantidad de mal presente en el mundo, es improbable que Dios exista. Muchos afirman que la defensa o argumentación basada en el libre albedrío no es por sí misma capaz de explicar el evidente problema del mal. Por un lado, parece que Dios podría haber evitado muchos males que ocurren sin socavar el libre albedrío. Por ejemplo, un Dios todopoderoso podría evitar muchos desastres «naturales» (huracanes, inundaciones, enfermedades) sin socavar el libre albedrío de sus criaturas

humanas. Del mismo modo, parece que Dios podría evitar accidentes aéreos advirtiendo de antemano a las posibles víctimas.

En estos y otros aspectos hay más elementos intervinientes cuando se observa el cuadro completo. De hecho, como veremos a continuación, las Escrituras establecen un marco referencial más amplio: una controversia cósmica que los adventistas llamamos «el Gran Conflicto». Este mundo forma parte de una zona de guerra cósmica, lo que nos ayuda a entender por qué a menudo parece que el mal reina en nuestro planeta. En resumen, en este mundo hay un gobernante enemigo que está en guerra contra Dios y su pueblo.

Este capítulo pasa así al siguiente punto crucial acerca del problema de la existencia del mal: el escenario del Conflicto Cósmico (Mat. 13:24-30). La razón por la que Dios permite la existencia del mal, más allá del libre albedrío, es el marco más amplio del Conflicto Cósmico en el que Satanás y sus secuaces se oponen al gobierno amoroso de Dios.

«Un enemigo ha hecho esto»

Si Dios es totalmente bueno y todopoderoso, ¿por qué existe el mal? ¿Por qué permitió que apareciera? Jesús dio una respuesta simple pero extremadamente profunda: «Un enemigo ha hecho esto» (Mat. 13:28).

Esta respuesta aparece en la parábola de Jesús acerca del trigo y la cizaña. En ella, un hombre (que representa a Cristo) «sembró buena semilla en su campo. Pero mientras sus hombres dormían, vino su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue» (Mat. 13:24, 25). Cuando la cizaña, que representaba el mal, se hizo evidente entre el trigo, los siervos le preguntaron: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo, pues, tiene cizaña?» (vers. 27). Lo mismo se pregunta hoy la gente: Si el mundo era perfecto cuando salió de las manos de Dios, ¿por qué hay maldad en él?

El dueño del campo responde a ese interrogante: «Un enemigo hizo esto» (vers. 28). «¿Quieres que vayamos y la arranquemos?», preguntan los siervos (vers. 28). Del mismo modo, muchos se preguntan hoy por qué Dios no erradica el mal de inmediato. La respuesta del dueño del campo encierra la solución: «No, no sea que al arrancar la cizaña arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega» (vers. 29, 30).

Dios erradicará el mal, pero arrancarlo antes de tiempo provocaría daños colaterales e irreversibles en el bien. Esta parábola ofrece un

esbozo del conflicto entre Cristo y Satanás. El mal es el resultado de la acción de Satanás, no de Dios, permitida temporalmente porque lo contrario provocaría una tragedia aún mayor.

Si Dios desarraigara prematuramente el mal sin que los seres humanos comprendieran lo que ha sucedido y por qué Dios actúa como lo hace, las personas servirían a Dios por temor, no por amor.[50] En el Gran Conflicto, sin embargo, el mal será totalmente desenmascarado y todas las criaturas de Dios comprenderán que él es amor, que todos sus mandatos y acciones siempre han sido y serán fruto del amor y destinados a la felicidad última de todos. Dios no deseaba que el mal ingresara en su Creación, pero lo permitió temporalmente porque hacer lo contrario excluiría o perjudicaría gravemente el amor.

La entrada del mal

Muchos se preguntan por qué Dios no creó un mundo sin maldad. Pues, sí lo hizo. Génesis 1:31 dice: «Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera». El mal fue introducido en la Creación perfecta de Dios por un enemigo y desde otro lugar.

Adán y Eva vivían originalmente en perfecta armonía moral con Dios y entre sí (Gén. 2:25). Sin embargo, poseían libertad moral, como lo demuestra el hecho de que Dios les dijo que podían comer de cualquier árbol del jardín, excepto de uno (Gén. 2:16, 17).[51] En Génesis 3:1, la serpiente tergiversa sutilmente esa orden al preguntar: «¿Conque Dios os ha dicho: "No comáis de ningún árbol del huerto"?». De hecho, ¡esto sugería prácticamente lo contrario de lo que Dios había dicho! Eva respondió que solo había un árbol del que no debían comer para no morir (vers. 2, 3).

La serpiente sembró sutilmente la duda con su primera pregunta, pero ahora contradice directamente las palabras de Dios al afirmar: «No es cierto. No morirán; sino que Dios sabe que el día que ustedes coman de él se les abrirán los ojos, y serán como Dios, conocedores del bien y del mal» (vers. 4, 5). Esto constituyó un ataque directo al carácter de Dios, ya que, según la serpiente, Dios era un mentiroso que no quería lo mejor para Adán y Eva, sino que retenía algo bueno, el conocimiento, a fin de oprimirlos. Eva tenía que elegir entre creer lo que Dios había dicho o aceptar las insidiosas calumnias de la serpiente acerca del carácter de Dios.

Desgraciadamente, Adán y Eva decidieron desobedecer y comer el fruto prohibido. Como resultado, sus ojos quedaron inmediatamente abiertos al mal. Habían estado desnudos y sin vergüenza (Gén. 2:25), pero después trataron de enmascarar su culpa y tuvieron miedo de Dios; de quien los había creado, amado y solo deseaba su bien (Gén. 3:7-10). Adán culpó a Eva, e indirectamente a Dios, quien se la había dado, mientras que Eva culpó a la serpiente, lo que puso de manifiesto el conflicto relacional causado por el pecado (vers. 12, 13). El pecado separa de Dios (Isa. 59:2) y repele el amor. La intención creadora de Dios de entablar una relación de amor recíproco quedó así rota y en peligro.

Mediante ese primer pecado, Satanás se convirtió temporalmente en el «príncipe de este mundo» (Juan 12:31; 14:30; 16:11; cf. Luc. 4:6; 2 Cor. 4:4). Y el mal, junto con sus consecuencias –el sufrimiento y la muerte–, pasaron a formar parte de la experiencia humana universal, ya que cada descendiente de Adán y Eva heredó una inclinación hacia el pecado –la naturaleza pecaminosa–, a causa de la cual todos pecamos y morimos (Rom. 5:12; cf. 6:23). En el siguiente capítulo del Génesis, Caín, el hijo de Adán y Eva, cometió el primer asesinato al dar muerte a su hermano Abel (Gén. 4:8). Desde ese momento, los seres humanos se han infligido horrendos males y sufrimientos unos a otros.

Sin embargo, incluso en medio de la casi desesperanza provocada por el pecado, Dios responde con una gracia asombrosa al declarar la buena noticia de la salvación futura que se logrará mediante la victoria de Cristo sobre Satanás gracias al Plan de Redención: la serpiente herirá el talón de Cristo, pero Cristo aplastará la cabeza de la serpiente (Gén. 3:15). Aquí, el evangelio es enmarcado dentro del Gran Conflicto, desarrollado en el resto de las Escrituras. Cristo soporta el sufrimiento definitivo y, al hacerlo, redime a todos los que lo aman, al tiempo que derrota a Satanás y asegura la erradicación final del mal, el sufrimiento y la muerte.

Esta historia de la entrada del mal en nuestro mundo pone de relieve un conflicto en torno a la verdad acerca de Dios. ¿A quién creerás? A lo largo de la Escritura, el Conflicto Cósmico se centra en si decidiremos creer a Dios o las mentiras de la serpiente acerca de él.

Más adelante, la Biblia identifica a esta «serpiente antigua» como «el diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo» y como «el acusador de nuestros hermanos, quien los acusaba día y noche ante nuestro Dios»

(Apoc. 12:9, 10; cf. 20:2, 3). En consecuencia, Pablo se refiere a Satanás como «el dios de este siglo», que «cegó» las mentes de los incrédulos (2 Cor. 4:4; cf. Hech. 26:18). Quien finalmente se convirtió en Satanás había sido creado como un perfecto ángel de luz (ver Eze. 28:12, 15), pero hizo mal uso de su libre albedrío, cayó y condujo a otros ángeles a la rebelión (2 Ped. 2:4; cf. Jud. 6; Apoc. 12:14). Satanás «y sus ángeles combatieron» contra el Reino de Dios (Apoc. 12:7-9).

Según Ezequiel 28, este conflicto se originó en el corazón de un ángel perfecto que eligió rebelarse contra Dios. Ezequiel 28:12 se dirige crípticamente al «rey de Tiro», pero no se refiere simplemente a un rey humano, como lo demuestra el hecho de que se lo llame «el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y de acabada hermosura» (vers. 12), se diga que estuvo presente «en el Edén, en el huerto de Dios» (vers. 13), y se lo defina como «ungido querubín grande, protector» en «el santo monte de Dios» (vers. 14). Este ser era, pues, un ángel que servía junto al mismo Trono de Dios, un querubín protector, representado en el Santuario por los querubines que estaban sobre el Arca del Pacto, o Alianza (Éxo. 25:19; Eze. 28:16). Dos veces declara el texto que este ángel era «perfecto»: «Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad» (Eze. 28:15; cf. vers. 12). Esto podría referirse al propio Satanás.[52]

¿Cómo surgió el mal en esta criatura «perfecta»? Satanás pecó al volverse orgulloso, ya que su «corazón se enalteció a causa» de su «hermosura» y «corrompió» su «sabiduría» (vers. 17). Isaías 14 describe asimismo el intento de Satanás de exaltarse por encima de Dios: «Subiré al cielo. En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono y en el monte del testimonio me sentaré, en los extremos del norte; sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo» (Isa. 14:13, 14). Como tal, Satanás se «llenó de iniquidad» por su «intenso trato comercial» (Eze. 28:16; cf. vers. 18). El término traducido como «comercio» (rekullah) deriva de la raíz hebrea rakil, que se refiere a la «calumnia» (ver Lev. 19:16; Prov. 20:19).[53] Así Satanás hizo en el Edén: calumniar y difamar maliciosamente a Dios al describirlo como mentiroso y egoísta con el fin de fomentar la rebelión, lo mismo que hizo en el Cielo (el «monte de Dios») al sembrar semillas de discordia entre los ángeles.

Aunque estos pasajes arrojan luz acerca de cómo surgió el mal, la razón por la que un ser perfecto dio origen al pecado seguirá siendo siempre un

misterio, pues no existe ninguna explicación o excusa racional para ello. El pecado de Satanás fue totalmente descabellado e injustificable. Elena G. de White comenta:

> Es imposible explicar el origen del pecado y dar razón de su existencia. Sin embargo, se puede comprender suficientemente lo que atañe al origen y a la disposición final del pecado, para hacer enteramente manifiesta la justicia y benevolencia de Dios en su modo de proceder contra todo mal. Nada se enseña con mayor claridad en las Sagradas Escrituras que el hecho de que Dios no fue en nada responsable de la introducción del pecado en el mundo, y de que no hubo retención arbitraria de la gracia de Dios, ni error alguno en el gobierno divino que dieran lugar a la rebelión. El pecado es un intruso, y no hay razón que pueda explicar su presencia. Es algo misterioso e inexplicable; excusarlo equivaldría a defenderlo.[54]

La naturaleza del conflicto

Sin embargo, muchos se preguntan cómo podría existir un conflicto entre el Dios todopoderoso y una mera criatura, como el Diablo o cualquier otra. Nadie podría oponerse a Dios en un conflicto que tuviera que ver exclusivamente con el poder. Este conflicto debe ser, pues, de otro tipo.

En efecto, se trata de un conflicto acerca de lo que es verdad y lo que es bueno, un conflicto en el que Satanás libra una guerra de desinformación y calumnias o falsas acusaciones contra el carácter y el gobierno de Dios. Un conflicto así no puede ser resuelto mediante el poder, sino que requiere una demostración reivindicatoria.

Recordemos que las Escrituras identifican a la «serpiente» del jardín como el Diablo, que «engaña a todo el mundo» y «el acusador de nuestros hermanos, quien los acusaba día y noche» (Apoc. 12:9, 10; cf. 20:2, 3). En otro lugar, Jesús identifica al Diablo como «homicida desde el principio» y «mentiroso y padre de mentira» (Juan 8:44; cf. 2 Cor. 11:3). Notablemente, la palabra griega traducida como «diablo» (diabolos) es usada en la Biblia también con el sentido de «calumniador». Las Escrituras describen sistemáticamente a Satanás como el archiengañador y calumniador que continuamente acusa a Dios de no ser justo y de no amar realmente, de no tener en cuenta nuestros mejores intereses. Esa mentira, creída por las criaturas de Dios, fue y es

suficiente para perturbar las relaciones amorosas entre ellas y Dios y, en consecuencia, la armonía de todo el universo.

Como ya se ha señalado, este conflicto gira en torno a si elegiremos creer a Dios o las mentiras de la serpiente acerca de él. Si se aceptan las afirmaciones de la serpiente contrarias al carácter de Dios, la confianza y el amor, de los que depende la armonía de todo el universo, quedarían destrozados. En consecuencia, Dios se compromete a demostrar la falsedad de las acusaciones del Diablo, no por su propio bien, sino por amor a sus criaturas. La restauración del cosmos depende de que Dios demuestre que las acusaciones del Diablo son falsas, de modo que Dios pueda reconciliar al mundo consigo mismo de un modo plenamente coherente con la justicia y el amor.

No obstante, la falsedad de las acusaciones de Satanás no puede ser demostrada mediante el uso de la fuerza o el poder. ¿Cuánto poder necesitaría ejercer un gobernador acusado falsamente de corrupción para demostrar que tales acusaciones son falsas? Ninguna cantidad de poder o fuerza, por grande que fuera, sería suficiente para ello. De hecho, valerse del poder para silenciar tales acusaciones no haría más que reforzarlas. Un conflicto acerca del carácter simplemente no puede resolverse con poder, sino solo con una demostración de la verdad y de la falsedad de las acusaciones hechas.

Así, en contraste con Satanás, el Padre de la mentira y difamador supremo, quien obra continuamente para engañar al mundo (Juan 8:44; Apoc. 12:9), Cristo vino a la Tierra «para dar testimonio de la verdad» (Juan 18:37). Asimismo, en contraste con Satanás, el calumniador acusador de Dios y de su pueblo ante la corte celestial (Apoc. 12:10; cf. 13:6; Job 1, 2; Zac. 3:1, 2; Jud. 9), Cristo demuestra definitivamente la justicia y el amor perfectos de Dios por medio de la Cruz (Rom. 3:25, 26; 5:8) y, por lo tanto, desbarata las acusaciones de Satanás en la corte celestial (Apoc. 12:10, 11).

Y, en contraste con Satanás, quien se aferra al poder como gobernante usurpador de este mundo (Juan 12:31; 14:30; 16:11; Mat. 12:24-29; Luc. 4:5, 6; Apoc. 12, 13), Cristo derrota a Satanás y finalmente destruirá su reino y «reinará para siempre jamás» (Apoc. 11:15).

Cristo «se manifestó» con este mismo propósito, «para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8) y «para destruir por su muerte al que tenía el dominio de la muerte, a saber, al diablo; y librar a los que por temor a la muerte vivían como esclavos toda su vida» (Heb. 2:14, 15). Cristo

logra esta victoria mediante una demostración de la justicia y el amor perfectos de Dios (Rom. 3:25, 26; 5:8).

_____

50. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 20, 21.

51. Donald E. Gowan señala que el propio «establecimiento de un límite muestra que» Eva «tenía efectivamente elección y demuestra así» su «libertad» (*From Eden to Babel: A commentary on the book of Genesis 1–11* [Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1988], p. 42).

52. Ver, además, José M. Bertoluci, «The Son of the morning and the guardian cherub in the context of the controversy between good and evil» (Tesis de doctorado, Universidad Andrews, 1985).

53. Ver Richard M. Davidson, «Cosmic metanarrative for the coming millennium», *Journal of the Adventist Theological Society* 11, Nº 1-2 (2000), p. 108; Richard M. Davidson, «And there was gossip in heaven», *Adventist Review*, 24 de enero de 2013, pp. 22-24.

54. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, p. 484.

10. Las reglas del Conflicto

Imagina a un avaro extremadamente rico que se niega rotundamente a ayudar a los necesitados. Todo el mundo piensa que es egoísta; pero después de su muerte, su testamento revela que dejó todo su dinero a los pobres, que heredó su riqueza de su padre con la condición de no dar dinero a los pobres mientras viviera y de mantener esa cláusula en secreto. Descubrir todo esto revertiría totalmente nuestra comprensión de su carácter.[55] Del mismo modo, el hecho de entender el Conflicto Cósmico transforma nuestra comprensión de todo.

Vimos en el capítulo anterior que el Conflicto Cósmico no se refiere al poder, pues ninguna criatura podría oponerse a Dios en esa esfera. Se trata, en cambio, de un conflicto acerca del carácter, causado por las calumnias o falsas acusaciones del Diablo contra Dios. Ese conflicto no puede ser resuelto por medio de la fuerza, sino solo mediante una demostración de que esas acusaciones son falsas. Un conflicto así entre Dios y sus criaturas solo es posible si Dios se compromete a obrar de acuerdo con limitaciones o parámetros que permitan la oposición a su gobierno. Este capítulo continúa nuestra exploración del Conflicto Cósmico de acuerdo con el testimonio de las Escrituras, pero esta vez consideraremos lo que ellas dicen acerca de las limitaciones o parámetros aceptados por Dios para dirimir el Conflicto Cósmico.

Un drama judicial cósmico

«Un día acudieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, y entre ellos vino también Satanás» (Job 1:6). Esta es una de las numerosas escenas de concilios o tribunales celestiales registrados en la Biblia, que poseen cierta autoridad para gobernar y juzgar los acontecimientos de la Tierra y en los que las criaturas celestiales, o «hijos de Dios», participan.[56] La historia de Job revela así un drama cósmico detrás del escenario de la historia de la Tierra.

El libro identifica antes a Job como un hombre justo (Job 1:1), y detalla su prosperidad y su piedad. En el versículo 6, sin embargo, la escena pasa de la Tierra al Cielo. Como parte de los procedimientos de este tribunal celestial, Dios pregunta a Satanás: «¿De dónde vienes?», a lo que este responde: «De rodear la tierra y andar por ella» (Job 1:7). Este diálogo se repite en una segunda escena del concilio celestial (Job 2:2), lo que indica que se trata de un procedimiento del que Satanás participa aparentemente como gobernante de la Tierra.

Dicho esto, la atención se centra rápidamente en una disputa en curso entre Dios y Satanás. «¿No te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?», le dice Dios (Job 1:8). El contexto inmediato ofrece pocos antecedentes de por qué Dios hace esta pregunta a Satanás, pero tiene sentido en el contexto bíblico más amplio, que describe a Satanás como «el acusador de nuestros hermanos, quien los acusaba día y noche ante nuestro Dios» (Apoc. 12:10; cf. Zac. 3:1, 2). La respuesta de Satanás indica además una disputa continua, más amplia, entre Dios y él: «¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has rodeado de tu protección, a él y a su casa y a todo lo que tiene? El trabajo de sus manos has bendecido, y por eso sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que posee, y verás si no blasfema contra ti en tu propia presencia», alega Satanás (Job 1:9-11; cf. 2:5).

Las acusaciones de Satanás no apuntan solo contra la fidelidad de Job, sino también equivalen a acusaciones contra Dios, ya que contradicen directamente la declaración divina previa según la cual Job es un «hombre intachable y recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (Job 1:8). Además, Satanás argumenta ante el tribunal celestial que el «cerco» que rodea a Job y todo lo que le pertenece impide a Satanás demostrar que el juicio de Dios acerca de Job es falso (ver Apoc. 12:10).

En respuesta, Dios accede a modificar los límites del poder de Satanás, ya que le permite poner a prueba su teoría, aunque solo dentro de los límites o parámetros especificados que resultan del proceso judicial. En primer lugar, se permite a Satanás actuar en perjuicio de «todo lo que [Job] tiene», pero se le prohíbe causarle daño personal (Job 1:12). En la segunda escena paralela, Dios permite a Satanás afligir directamente a Job, pero resguarda su vida ante la sádica afirmación de Satanás de que, aunque Job no maldijo a Dios tras perder a sus hijos (Job 2:3), lo maldeciría si sufriera físicamente (Job 2:4-6). Aunque Satanás trajo

muchas calamidades sobre Job –la pérdida de su riqueza, la muerte de sus sirvientes y la de sus hijos (Job 1:13-19), e infligió luego intensos sufrimientos a Job mismo (Job 2:7)–, este se niega en cada episodio a maldecir a Dios y persiste en alabar su nombre (Job 1:20-22; 2:9), con lo que demuestra la falsedad de las acusaciones de Satanás.

Observa que esto no es una discusión apenas entre Dios y Satanás, sino parte de un proceso judicial celestial abierto que analiza los cargos que Satanás presenta contra la opinión de Dios acerca de Job y la protección divina en su favor.[57] Aunque el todopoderoso Dios no está sujeto al consejo celestial, responde en virtud de su infinita sabiduría a las acusaciones de Satanás de manera que tiene en cuenta cómo los miembros del consejo celestial (y otros) verían el caso. Si no se permitiera a Satanás presentar su caso y sus acusaciones fueran simplemente desestimadas, estas permanecerían abiertas y cobrarían fuerza, sembrando dudas acerca de la justicia y la imparcialidad de Dios, con consecuencias nefastas para toda la Creación.

Job 1 y 2 revelan, pues, una disputa cósmica entre Dios y Satanás. Aunque los amigos de Job sostienen lo contrario, el texto demuestra que Job no estaba siendo castigado por su maldad, sino puesto como ejemplo de fidelidad en contraste con las falsas acusaciones de Satanás (Job 1:1, 8; 2:3), quien pretende quebrantar a Job para demostrar que el juicio de Dios es falso y socavar así su gobierno amoroso.

Lo expuesto hasta aquí enseña numerosas verdades acerca del Conflicto Cósmico. En primer lugar, la gente buena padece cosas malas (Ecl. 7:15; 8:14; Jer. 5:28; 12:1; Luc. 13:1-5), lo que refuta la teología de los «amigos» de Job. En segundo lugar, Satanás y no Dios es el monstruo que causa estragos a Job (Job 2:7; 1:12), lo que hiere indirectamente a Dios. En tercer lugar, Satanás posee el poder de obrar el mal en este mundo (como gobernante de la Tierra tras la Caída, cf. Juan 12:31), pero solo dentro de ciertos límites, de ciertas reglas del Conflicto conocidas y aceptadas por Dios y Satanás, pero que nosotros normalmente desconocemos. Estas reglas no son establecidas unilateralmente por Dios, sino que son el resultado de un proceso judicial ante el consejo celestial.

Como ya se ha señalado, para que se produzca un conflicto entre Dios y una mera criatura como Satanás deben existir ciertos parámetros coherentes, ciertas «reglas» consensuadas dentro de los cuales el Diablo pueda exponer sus argumentos contra la justicia y el amor de Dios.

Puesto que Dios siempre cumple sus promesas y compromisos (por ejemplo, Tito 1:2; Heb. 6:18), la acción futura de Dios habría de estar moralmente limitada o circunscripta a esos parámetros o «reglas» aceptadas por él.

Las reglas en medio de un «gran conflicto»

En Nazaret, la ciudad natal de Jesús, la gente «se escandalizaba de él» y Jesús «no pudo hacer allí ningún milagro, más que sanar a unos pocos enfermos poniendo las manos sobre ellos» (Mar. 6:3, 5). Según Mateo 13:58, Cristo «no hizo allí muchos milagros, debido a la incredulidad de ellos». De alguna manera, la incredulidad de la gente limitó la capacidad de Jesús para obrar milagros allí. Este es uno de los muchos casos que indican algunos parámetros específicos en el Conflicto Cósmico, relacionados aquí con la fe.

Más adelante, encontramos en el Evangelio de Marcos a un padre que suplica a los discípulos de Cristo que expulsen al demonio que atormenta a su hijo. Los discípulos no pudieron, pero más tarde el padre pidió lo mismo a Jesús, quien declaró: «Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno» (Mar. 9:29; cf. Mat. 17:20). Este caso también muestra algunas «reglas» que rigen en el Conflicto Cósmico, en este caso relacionadas con la oración.

En otras partes, las Escrituras enseñan que el comportamiento humano incide en lo que Satanás puede o no lograr. Por ejemplo, Pablo advierte a los seguidores de Cristo: «Ni den lugar al diablo» (Efe. 4:27). Del mismo modo, Santiago instruye: «Sométanse, pues, a Dios; resistan al diablo, y él huirá de ustedes» (Sant. 4:7).

Anteriormente, Jesús se encontró con dos «endemoniados» que le dijeron lo siguiente: «¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?» (Mat. 8:28, 29). Jesús los expulsó de sus víctimas, con lo que demostró su absoluta autoridad. En dicha ocasión, los demonios afirmaron que el Juicio Final estaba reservado para algún momento específico del futuro, lo que indica la existencia de ciertas «reglas» (ver también Apoc. 12:12).

Más tarde, Cristo dijo a Pedro: «Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo» (Luc. 22:31). La palabra traducida como «ha pedido» (exaiteō) «implica que quien formula la petición tiene derecho a hacerla», lo que indicaría que, en este ejemplo, «tanto Dios como Satanás parecen obligados a actuar de acuerdo con ciertas limitaciones».[58]

Sumado a esto, Judas 9 describe un caso en el que ni aun Miguel, cuando «luchaba con el diablo disputándole el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: "El Señor te reprenda"» (cf. Zac. 3:1, 2). Más adelante, Pablo escribe que planeaba visitar la iglesia de Tesalónica, pero «Satanás nos estorbó» (1 Tes. 2:18; cf. Apoc. 2:10). Estos son solo algunos de los muchos ejemplos bíblicos que demuestran que el Diablo tiene cierta jurisdicción para actuar dentro de límites específicos y que existen algunas «reglas» dentro del Gran Conflicto.[59]

Daniel 10 revela una escena particularmente sorprendente relacionada con un mensaje de un «conflicto grande» (Dan. 10:1) en relación con el cual Daniel oró fervientemente por entendimiento durante tres semanas. «Desde el primer día», Dios escuchó la oración de Daniel, pero «el príncipe del reino de Persia» se opuso durante 21 días al ángel de Dios. Este ángel pudo encontrarse con Daniel solo después de que Miguel vino en su ayuda (vers. 2, 12, 13). Muchos eruditos creen que ese «príncipe» de Persia es una criatura celestial, un gobernante demoníaco que influía negativamente sobre el gobernante humano de Persia (cf. vers. 20, 21).[60]

¿Cómo podría un ángel enviado por Dios ser resistido durante tres semanas? En virtud de su omnipotencia, Dios podía sin duda responder inmediatamente a Daniel. Sin embargo, las Escrituras presentan aquí un auténtico conflicto entre las fuerzas de las tinieblas y las del bien. Para que esto ocurra, es necesario conceder al Enemigo cierta libertad de acción y poderío, aunque restringidos por ciertas «reglas» conocidas y aceptadas por ambas partes. En relación con este episodio, Elena G. de White comenta lo siguiente: «Durante tres semanas Gabriel luchó con las potestades de las tinieblas, procurando contrarrestar las influencias que obraban sobre el ánimo de Ciro […]. Todo lo que podía hacer el cielo en favor del pueblo de Dios fue hecho. Se obtuvo finalmente la victoria; las fuerzas del enemigo fueron mantenidas en jaque mientras gobernaron Ciro y su hijo Cambises».[61]

El dragón que gobierna detrás de los gobernantes terrenales

Jesús mismo llamó repetidamente a Satanás el «príncipe de este mundo» (Juan 12:31; 14:30; 16:11), y Juan escribió: «El mundo entero está bajo el poder del maligno» (1 Juan 5:19; cf. Luc. 4:6). Si es así, el Diablo recibió una considerable jurisdicción sobre la que gobierna en

este mundo, aunque dentro de ciertos límites específicos o «reglas» que rigen en el conflicto entre Dios y él.

De hecho, las Escrituras describen sistemáticamente una batalla cósmica entre el Reino de Dios y el de las tinieblas, «la potestad de Satanás» (Hech. 26:18; Efe. 2:2; Col. 1:13; 2 Cor. 4:4). Detrás de los falsos «dioses» de las naciones del Antiguo Testamento había demonios (ángeles caídos) que se hacían pasar por esas deidades (ver Deut. 32:16, 17; cf. 1 Cor. 10:19, 20). El Nuevo Testamento identifica a estas figuras como «principados» y «potestades» demoníacos, los «gobernadores de este mundo de tinieblas» (Efe. 6:12; cf. 3:10; Col. 2:15; Rom. 8:38; 1 Cor. 4:9; 1 Ped. 1:12).[62]

Sin embargo, estos gobernantes demoníacos son meras criaturas (Col. 1:16), ángeles caídos (2 Ped. 2:4), y su reinado es limitado y temporal. Por medio de la Cruz, Cristo «despojó a los principados y potestades, los exhibió en público, y triunfó sobre ellos [...]» (Col. 2:15; cf. 1:13; Gál. 1:4; 1 Cor. 2:6-8; 1 Ped. 3:22; 1 Juan 4:4; Apoc. 12:10, 11; cf. Heb. 2:14; 1 Juan 3:8), y Dios erradicará el mal totalmente y para siempre.

Mientras tanto, sin embargo, Satanás es el dragón gobernante «que engaña a todo el mundo» (Apoc. 12:9) y está detrás de los gobernantes y los imperios terrenales que oprimen al pueblo de Dios a lo largo de la historia y hasta el fin de los tiempos. Satanás, el dragón, «dio» a la bestia del mar «su poder, su trono y gran autoridad» (Apoc. 13:2), de modo que toda la Tierra se maravilló y siguió a la bestia», y «adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia» (vers. 3, 4).

Nótese que esta bestia es descrita como «semejante a un leopardo; sus pies, como de oso; y su boca, como boca de león», y con «siete cabezas y diez cuernos» (vers. 1, 2), que corresponden a las cuatro bestias de Daniel 7, que juntas tenían siete cabezas y diez cuernos: el león, el oso, el leopardo de cuatro cabezas y la bestia con diez cuernos. Esta bestia del mar es, pues, una bestia compuesta que representa a los imperios opresores de Babilonia, Persia, Grecia, Roma, y el poder del anticristo que surgió de Roma y se opone a Dios y a su pueblo en los últimos tiempos. Detrás de estos poderes está Satanás, el dragón gobernante que les otorga poder y autoridad mundial.

El poder del Diablo, sin embargo, es limitado y temporal, pues sabe que tiene «poco tiempo» (Apoc. 12:12). Pronto, Dios destruirá el reino del Diablo, así como la piedra cortada sin manos humanas destruyó la estatua en el sueño de Nabucodonosor (Dan. 2:34, 35). «Enjugará Dios

toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron» (Apoc. 21:4).

La naturaleza de las «reglas» del conflicto

Tomados en conjunto, estos pasajes atestiguan que Dios ha permitido que Satanás y sus secuaces dispongan temporariamente de cierta jurisdicción significativa sobre este mundo, pero limitada de acuerdo con ciertas «reglas» del Conflicto establecidas en los procedimientos de la corte celestial dentro de las cuales se pueden dirimir las calumniosas acusaciones del Diablo contra Dios sin que su amor se vea afectado. Estas reglas no son establecidas unilateralmente por Dios, sino que son el resultado de un proceso judicial que tiene en cuenta cómo las criaturas de la corte celestial y de fuera de ella ven las cuestiones en juego, lo que implica que esas reglas pueden estar lejos de ser ideales.

Puesto que Dios nunca miente (Tito 1:2), siempre cumple sus promesas (Heb. 6:18) y se ha comprometido a acatar esas reglas ante el tribunal celestial, su manera de actuar está moralmente limitada o circunscripta a tales normas. Aunque podamos pensar que Dios debió actuar de tal o cual manera en tal o cual situación, lo cierto es que esas maneras de actuar no estaban moralmente disponibles para Dios. Aunque Dios quiere evitar todo mal, hacerlo en algunos casos socavaría el libre albedrío y, por lo tanto, el amor mismo, lo cual iría en contra de las reglas a las que se ha comprometido en la corte celestial o daría lugar a un mal mayor o a un menor florecimiento del amor.

Pero ¿por qué aceptó Dios esas «reglas»? Porque si no se resolvieran, las acusaciones del Diablo se agravarían y destruirían la armonía y el amor en todo el universo. Del mismo modo que un gobernante no puede limpiar su nombre mediante una demostración de fuerza, las calumniosas acusaciones del Diablo no podían ser derrotadas por el mero uso del poder, sino solo mediante una demostración justa, transparente y definitiva de que las acusaciones de Satanás son falsas (ver 1 Cor. 4:9; cf. 6:2, 3), lo que requirió ciertos parámetros, o «reglas», dentro del Conflicto. Desde esta perspectiva, Dios no tenía otra forma de contrarrestar las acusaciones de Satanás, zanjar el conflicto y salvar al mundo sin que se produjeran daños colaterales aún mayores (cf. Mat. 13:29). Como meras criaturas, no estamos en condiciones de saber o juzgar qué parámetros requiere tal demostración. Solo aquel que todo

lo sabe conoce perfectamente qué es necesario para impugnar las acusaciones del Diablo y evitar que el mal vuelva a aparecer en el universo (Apoc. 21:3, 4; cf. Nah. 1:9).

Aunque quedan aún muchos interrogantes sin responder, las Escrituras enseñan sistemáticamente este principio crucial: Dios siempre hace lo mejor a la luz de todas las opciones disponibles (ver Gén. 18:25; Deut. 32:4; 1 Sam. 3:18; Sal. 145:17; Dan. 4:37; Hab. 1:13; Rom. 3:25, 26; Apoc. 15:3). De ello se desprende que cuando Dios no actúa como creemos que debería hacerlo es porque sabe que no existe una alternativa preferible para todos los implicados. A menudo no comprendemos los impedimentos a los que Dios debe enfrentarse en el Conflicto Cósmico. El «rompecabezas» tiene muchas piezas de las que no somos conscientes.

Sin embargo, todo se aclarará finalmente, y el carácter y la Ley de amor de Dios serán reivindicados más allá de toda sombra de duda. La Gran Controversia habrá terminado. He aquí cómo describe Elena G. de White ese día:

> El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor.[63]

---

55. Esta historia fue tomada de William Abraham, «Revelation reaffirmed», en *Divine revelation*, ed. por Paul Avis (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1997), p. 208.

56. Muchos textos bíblicos describen un consejo de seres celestiales dotados de cierta autoridad en relación con los acontecimientos de la Tierra. Ver en tal sentido 1 Rey. 22:19-23; 2 Crón. 18:18-22; Job 1:6-12; 2:1-7; Sal. 29:1, 2; 82; 89:5-8; Isa. 6; Zac. 3:1-7; Dan. 7:9-14; *cf*. Isa. 24:21-23; Apoc. 4; 5; 1 Cor. 4:9. Ver, por ejemplo, Michael S. Heiser, «Divine council», en *The Lexham Bible dictionary*, ed. por John D. Barry y otros (Bellingham, WA: Lexham Press, 2016); E. T. Mullen Jr., «Divine assembly», en *Anchor Bible Dictionary,* ed. David N. Freedman (Garden City, NY: Doubleday, 1992), t. 2, pp. 214-217.

57. John E. Hartley señala lo siguiente: «La función principal de esta asamblea aquí es proporcionar un foro abierto en el que Yahvé permite poner a prueba a Job. Es decir, el plan para probar a Job no se urdió en una reunión secreta entre Yahvé y Satanás, sino que se decidió abiertamente ante la asamblea celestial» (Hartley, *The book of Job* [Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1988], p. 72).

58. Brian Han Gregg, *What does the Bible say about suffering*? (Downers Grove, IL: IVP

Academic, 2016), p. 64.

59. Para obtener más información acerca de esto, John C. Peckham, *Theodicy of love,* pp. 87-118.

60. Ver, por ejemplo, Tremper Longman III, *The NIV Application Commentary: Daniel* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1999), p. 250. Sin embargo, incluso si este «príncipe» no es más que un gobernante humano, Daniel 10 retrata al ángel de Dios obrando dentro de ciertos límites que le impiden responder a la oración de Daniel durante tres semanas.

61. Elena G. de White, *Profetas y reyes*, p. 382.

62. Ver Clinton E. Arnold, *Powers of darkness: Principalities and powers in Paul"s letters* (Grand Rapids, MI: InterVarsity, 1992).

63. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, p. 657.